

ARTE ★ LETRAS ESPECTACULOS

LIBROS

La intervención italiana fascista en la guerra civil española

JUAN MAESTRE ALFONSO

SI bien nos ha llegado, por mucho que el franquismo quisiera olvidar u ocultar, la evidencia de la importancia de la intervención italiana en los fatales acontecimientos que desembocaron en el no menos fatal desenlace del triste periodo histórico de cuyos efectos aún no nos hemos recuperado, no se conocía, hasta el momento, un estudio serio, exclusivo y objetivo, similar al aparecido hace unos años respecto a la intervención alemana, tan notablemente escrito por Viñas. El trabajo de John F. Coverdale (1) tiene la ventaja sobre aquél de estar escrito por una persona en principio ajena a la guerra civil, y, por tanto, con mayor capacidad de analizar ese asunto inicialmente, al menos, con más desapasionamiento.

Coverdale distingue tres etapas en la intervención fascista durante "nuestra" guerra. Un primer preámbulo en el que Mussolini participa directa o indirectamente en las actividades conspirativas contra la República, a lo que sigue un primer periodo que va desde los primeros días de la sublevación militar hasta cuando, en noviembre de 1936, Italia reconoce el Gobierno de Franco. Es una época en la que la intervención fue escasa, limitándose a suministrar armas y algunos hombres como instructores o como sirvientes de material bélico avanzado, pero no comprometiéndose con grandes cuerpos de tropas de combate. Tampoco se produjeron injerencias en la política de la "zona nacional".

La segunda fase comprende el periodo de noviembre de 1936 a marzo de 1937, o sea, después de la batalla de Guadalajara. En ella tiene lugar una intervención

masiva y descarada en la guerra, a la vez que el Duce pretendía intervenir en la política nacionalista, a la par que aspiraba a protagonizar una fulminante victoria contra las fuerzas republicanas; lo que se vio frustrado en tierras de Guadalajara.

Por último, en la tercera fase, Italia sigue manteniendo una importante fuerza expedicionaria, lo mismo que una cuantiosa ayuda de todo tipo, pero no al mismo ritmo que en el segundo periodo y manteniendo mayor discreción en las actitudes. Igualmente, la escala de las intervenciones de influir en la política, ya para ese momento "franquista", fue más mesurada y modesta. Sin embargo, la intervención italiana en el Mediterráneo creó fuertes tensiones con otros Estados, hasta el punto de llegar a internacionalizar lo que en principio era un conflicto puramente nacional.

EL DEBUT DE LOS ITALIANOS.—El debut de los italianos constituyó un auténtico ridículo y "metedura de pata". El 26 de julio de 1936 se envia-

ron desde Cerdeña 12 bombarderos que deberían llegar, previamente camuflados, a Marruecos español, donde los pilotos recibirían uniformes de la Legión y actuarían a las órdenes de Franco. Sin embargo, uno de los aviones se estrelló en el mar y otros dos tuvieron que realizar un aterrizaje forzoso en la zona del protectorado francés, siendo capturadas las tripulaciones por las autoridades francesas con el consiguiente escándalo internacional.

Pero no fue éste el primer acto hostil hacia la República por parte de Mussolini. Ya para la "Sanjurjada", de agosto de 1932, se llegó a preparar y hasta embarcar un envío de material militar, consistente principalmente en ametralladoras, que no llegó a salir de Italia debido a lo fugaz de la intentona del pequeño grupo de civiles y militares monárquicos que intervinieron en la conspiración. Coverdale relata éste y siguientes contactos entre los antirrepublicanos españoles y las autoridades fascistas italianas, analizándolos en el contexto

político-económico de las relaciones internacionales de ese momento y de los intereses que deseaba jugar Italia.

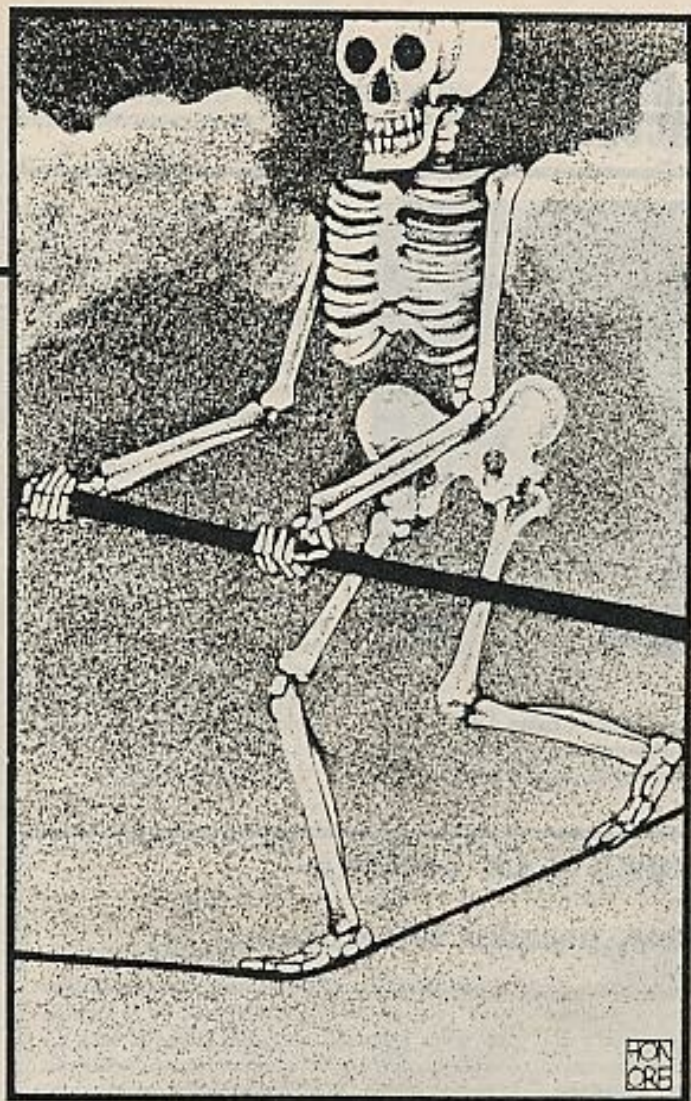
A finales de julio, Franco recibe 20 aviones de transporte alemanes que, junto a los italianos y otros españoles, organizan un puente aéreo con Andalucía, a donde trasladan 6.500 hombres fundamentales para Queipo de Llano en Sevilla. Con la cobertura aérea italo-alemana, tiene lugar el 5 de agosto la travesía del Estrecho, trasladándose otros 2.500 combatientes más. Dos días después Roma envía 27 cazas, 5 tanques, 40 ametralladoras y 12.000 cañones anti-aéreos. Y una semana más tarde se conseguiría conquistar Badajoz enlazando el ejército de Marruecos con el del Norte mandado por Mola.

Coverdale tiene en cuenta las ayudas aportadas por otros países a la República y señala cómo los primeros combatientes antifascistas italianos —la "columna" Giustizia e Libertà, compuesta por exiliados anarquistas— conoció su prueba de fuego

El conde Rossi —en la foto, disparando—, pintoresco agente fascista que se opuso de modo eficaz al desembarco de las tropas republicanas en Mallorca.



(1) John F. Coverdale: *La intervención fascista en la guerra civil española*. Ed. Alianza Universidad. Madrid, 1979. 390 págs.



el 28 de agosto en el frente de Aragón. Señala también cómo la ayuda de otros países a la República, y en concreto de Francia y URSS —esta última la señala como muy importante— significó una de las motivaciones más decisivas para que Italia incrementara posteriormente su ayuda, ya que no quería ver disminuida su influencia y penetración en el Mediterráneo.

Mención especial merece la actuación del pintoresco agente fascista Bonnacorsi, conocido como conde Rossi, y que actuó en Mallorca, isla sobre la que no carecía de miras la Italia de Mussolini. Bonnacorsi "vestido con uniforme negro fascista, con botas altas negras y una gran cruz blanca al cuello, se decoró con pistolas, granadas de mano, dagas y cananas", y se puso al frente de una milicia de jóvenes mallorquines a la que denominó "dragones de la muerte" y constituyó la vanguardia, junto con la aviación italiana directamente enviada a Mallorca, que se opuso de modo eficaz a las fuerzas de desembarco republicanas dirigidas por el comandante Bayo. Según parece, no menos eficaz

demonstró dirigiendo la represión en la isla, que Bernanos estima ejercida sobre más de 3.000 personas. El protagonismo de este siniestro personaje le llevó a querer intervenir en los asuntos internos y orientar, no sólo la política, sino la propia designación de las autoridades nacionalistas de Mallorca.

El 28 de noviembre se firma un tratado secreto con Italia, al que algunos autores califican como no conteniendo "nada trascendental" y otros como que implicaba sobre España "una hipoteca completa en el sentido exacto del término". En cualquier caso, aunque daba a Italia una gran cantidad de derechos, Franco procuró su incumplimiento.

De todas formas, poco tiempo después comenzaron los grandes envíos de material y hombres a España. Para mediados de febrero de 1937 habla en España un total de 48.823 italianos entre soldados, suboficiales y oficiales, tanto miembros de las milicias fascistas como del ejército regular italiano. Mussolini tenía la pretensión de pasar a la gloria como el liquidador exclusivo de la guerra española, por lo que

procuró evitar las fuerzas mixtas hispano-italianas. El Duce opinaba sobre la infantería española que "no era valiente".

Coverdale da elocuentes datos sobre las "aguerrilladas" fuerzas fascistas italianas en España. Respecto a una de las unidades dice que su experiencia se reducía a haber actuado como extras en una película; el 25 por 100 tenían antecedentes penales; muchos de los conductores de camión jamás habían manejado un vehículo, produciendo numerosos accidentes y víctimas; fueron muchos los italianos que se embarcaron con la esperanza de ir de guarnición a Abisinia donde esperaban luego convertirse en colonos y acabaron viéndose peleando en España; las condiciones físicas de muchos de ellos eran deplorables, y la motivación económica era importante si tenemos en cuenta que un conjunto de 2.300 hombres totalizaban 7.300 hijos...

El plan de Mussolini era avanzar por la costa hasta tomar Valencia y luego yugular y ocupar Madrid. La primera parte del plan se limitó a la conquista de Málaga, donde les tocó presenciar la terrible represión franquista que fusiló a unas 5.000 personas.

LA BATALLA DE GUADALAJARA.—La segunda parte se vio frustrada en Guadalajara, donde los fascistas italianos se tuvieron que enfrentar a unidades también italianas pertenecientes a las Brigadas Internacionales, a tanques rusos, mucho más eficaces, y a una acción psicológica muy bien llevada, a lo que se tiene que añadir el que Franco, a quien cargaban los aires de Mussolini, no accedió a actuar con sus fuerzas en el frente del Jarama.

El juicio que Coverdale da sobre la batalla de Guadalajara es que fue un éxito relativamente menor de los republicanos, quienes lograron que los italianos no alcanzaran ningún objetivo vital, pero estima que las pérdidas republicanas fueron mayores que las infligidas a los italianos, al menos en lo que respecta a hombres, pues los aguerridos adeptos de Mussolini si abandonaron gran cantidad de material. Pero

además, señala Coverdale, la verdadera importancia de Guadalajara lo es desde el punto de vista moral y psicológico, ya que deshizo el mito fascista de infalibilidad e invencibilidad del Duce.

Una segunda Guadalajara tuvo lugar más tarde en el Norte, en Bermeo, donde un contraataque vasco significó 300 muertos para los italianos.

El libro, recurriendo tanto a los archivos italianos como a numerosas fuentes de origen anglosajón, pasa revista con gran meticulosidad —inicialmente fue una tesis doctoral— a las otras acciones italianas sin olvidar las políticas y en particular las gestiones —infructuosas por la intransigencia de Franco— para intentar salvar a los prisioneros vascos, lo que más que un acto humanitario era una operación política y de prestigio.

Hablando de humanitarismo, no está de más recordar los masivos bombardeos de la población civil de Barcelona, llevados a cabo por la aviación italiana situada en Mallorca, lo que no deja de tener su trascendencia si tenemos en cuenta que esos bombardeos, como el de Guernica realizados por los alemanes, inaugurarían la práctica militar de bombardear poblaciones civiles, acciones que se convertirían en normales a partir de entonces.

Es bastante interesante todo lo relativo a las actividades navales italianas en el Mediterráneo, donde, aparte de las unidades de superficie, operaron varias decenas de submarinos italianos, además de los dos que con bandera española, pero con tripulación italiana, estuvieron incorporados a la marina nacionalista. Esta actividad marítima estuvo a punto de adelantar la segunda guerra mundial.

La guerra civil española costó 3.819 vidas italianas, de las que 1.824 pertenecían al Ejército, 1.777 a las milicias fascistas y el resto a la marina y aviación. La tasa de mortalidad fue del 4,5 por 100 para el Ejército y el 6 por 100 para las milicias, y el de bajas totales estuvo entre el 20 y el 22 por 100 del total de intervinientes. Donde más muertos tuvieron fue en Aragón, Cataluña, Santander y Guadalajara (por es-

te orden). El costo del material bélico enviado por Italia a España fue de 6.000 millones de liras —también se dan cifras más elevadas—, lo que suponía una cantidad equivalente al 3 por 100 de PIB italiano o al 12 por 100 de sus gastos estatales en 1939.

Por otro lado, el que durante los primeros momentos Mussolini se viera precisado a canalizar su ayuda a través de Marruecos, lo que significaba potenciar el Ejército del Sur, hizo que potenciara la figura de Franco y que le catapultara para ocupar la jefatura del Estado.

Según frase de Ciano, "en el Ebro, Barcelona y Málaga, se echaron los cimientos del Imperio romano en el mediterráneo". Pero, por su parte, nada menos que el propio embajador de Alemania ante Burgos mencionaba en un informe a su Gobierno "la extravagante glorificación de las acciones de armas italianas, la presuntuosidad de las autoridades militares italianas, la conducta de las tropas en el frente y en especial en la retaguardia, el contrabando de mercancías italianas promovido por los militares italianos, que se descubre una y otra vez, y otras intrusiones...". En cualquier caso, no cabe duda de que el dictador italiano ayudó de modo efectivo a la implantación de una dictadura que perduró aún treinta años después de la caída y muerte del Duce. ■ J. M. A.

Tom Wolfe, la derecha exquisita

HACER una crítica sería de lo que se ha dado en llamar "nuevo periodismo", es una tarea que ocuparía páginas enteras de esta revista. Se trata de algo que es más y menos que un "bluff", más y menos que una etiqueta comercial: fenómeno complejo, cuyas raíces se encuentran, por una parte, en la alarmante ingenuidad de sus propios creadores —Wolfe incluido—, y también en la sagacidad de sus editores. Un fenómeno que consiste, en gran parte, en vender gatos con piel de liebre y ovejas con piel de lobo, en vestir lo de siempre con ropajes de novedad, que encogen muy rápido; vestimentas de papel o jeringuillas desechables, aptas para un solo uso y pasar

luego al incinerador de desperdicios.

A pesar de ello, muchos de los productos que se nos venden bajo esta etiqueta —y bajo muchas otras, que el snobismo y los sistemas de marketing han puesto ahora de moda en España: la "novela negra", por ejemplo— tienen un indudable valor intrínseco. No se deben desdeñar a la ligera algunos trabajos de Terry Southern, Hunter S. Thompson, Robert Greenfield —quizá el más aburrido de todos— o del propio Tom Wolfe, teórico y jefe de fila de "nuevo periodismo", del que me voy a ocupar. Lo irritante es la etiqueta, no su contenido.

Tom Wolfe es un veterano periodista estadounidense, conocido en España por su labor de crítica —crítica suave, comedida y



Tom Wolfe.

tendenciosa, como debe ser— al modo de vida americano, y por sus teorías un poco desmadradas

y faltas de base sobre el nuevo periodismo. Es un escritor ágil, de agradable lectura, cuando no se pone pedante o intenta hacer lo que él considera "Literatura", con mayúscula. Ha querido ser —y esto le pierde— el Balzac del último cuarto de siglo estadounidense; ha conseguido realizar algunas crónicas francamente buenas, y poner en pie unas cuantas narraciones realistas de excepcional interés.

"Los años del desmadre. Crónica de los 70" (1) es, me parece, su último libro publicado en España, o uno de los últimos. Se trata de una recopilación de reportajes y narraciones, destinada a dar a conocer el ambiente y la vida de los Estados Unidos en

(1) Editorial Anagrama.

CULTURA A LA CONTRA

Aburridos, pesados terroristas

El pasado día 27, por la noche, un comando de jóvenes fuertes, armados y valerosos, se lanzó de nuevo al asalto del pobre café Comercial y alrededores, del barrio de Malasaña. Estos jóvenes, demostrando a un tiempo su valentía indomeñable y su sentido de la modernidad, cortaron el pelo a varias personas a punta de pistola —ignoro si la pistola sería de foguero o no; creo que cuando le apuntan a uno con esos juguetitos, no tiene mucho tiempo en fijarse en tales minucias—. Luego, siguiendo con su plan de limpieza y nazionalización del barrio, bajaron a la plaza del Dos de Mayo y la llenaron de pintadas, donde invocaban al mismo tiempo a Cristo Rey —incluso yo, que no soy cristiano, pienso blasfemo el uso que estos tontines desmandados hacen del nombre de Cristo— y a una cierta fuerza que se dice joven, pero que es la más antigua del mundo. Casualmente, el furgón de marrones que patrulla casi de continuo por la plaza, en busca de algún camello despistado, no se encontraba allí; un buen detalle por su parte.

Días antes había habido apuñalados por los mismos muchachos un poco más arriba, hacia Barceló. Y, prácticamente, todas las noches estos chicos provocan —no sólo con su presencia uniformada y desagradable siempre— a los pacíficos clientes de los bares de la zona, que van a tomarse una copa y a charlar con sus amigos. La cosa es más que grave: resulta incómoda, desagradable y, además, de un terrible mal gusto. Entre otras cosas, porque los cachorros de tiburón que así se entrenan en las artes marciales, no tienen el más mínimo sentido de la modernidad. A quién se le ocurre dedicarse a cortar el pelo a la gente, cuando ya llevan el pelo largo hasta en las Cortes. Son tontos, están pasados de moda, y —como de costumbre— son cortos de vista hasta para reconocer a sus verdaderas enemigas.

Hay detalles curiosos, en esta "operación limpienza" que los jóvenes nostálgicos de la camisa azul y los brillantes correaes llevan a cabo en Malasaña. Entre otros, el silencio casi absoluto de la prensa diaria. Estas cosas nunca las cuentan. Quizá las consideren "incidentes menores"; y lo son, por separado. Pero en conjunto resultan preocupantes. Pero nadie habla de ello y nadie llama a estos señores terroristas. Si se lo llaman, sin embargo, a quienes participaron en una manifestación el mes pasado, que iba dirigida precisamente contra el terrorismo (de estado, claro; es un matiz a tener en cuenta). Claro que también se detiene a cincuenta y tantos manifestantes, y se les aplica a trece de ellos la supuesta Ley Antiterrorista, que no debería llamarse así, porque sirve más bien para empapelar a cualquiera que disienta verdaderamente del plan que en las altas esferas se tiene pensado para nosotros; incluso se ha intentado detener, amparándose en dicha ley, a Pina López Gay, de la Joven Guardia Roja, organización y persona que están tan lejos del terrorismo como de Tegucigalpa. Pero a los tiburoncitos ultras, no. Tiene que haber, por lo menos, un muerto para que se les moleste; lo demás —palizas, agresiones, vejaciones de todo tipo, afirmaciones de un machismo sin seso ni sexo— no parece tener importancia. Son gamberros, sin más.

Pues yo prefiero a los gamberros de verdad, a los de siempre; a los que están verdaderamente cabreados con el mundo que les ha tocado vivir, y no necesitan, para mostrar su disconformidad, ampararse en siglas ni en banderas. A los que vociferan la última canción de, por ejemplo, Ramones, y no antiguos himnos guerreros compuestos por malos músicos y peores poetas. Los terroristas ultras son aburridos, tontos. Y peligrosos, porque les dejan serio. ■ EDUARDO HARO IBARS.